

Ya lo había él hecho.

El merodeador fingió buscar en los bolsillos, y al cabo de unos instantes, dijo :

— No hay nada.

— Me han robado, repuso el oficial, lo siento. Eso habría sido para usted.

Los pasos de la patrulla se distinguían cada vez más.

— Ya vienen allí, dijo el ratero, disponiéndose á marchar.

El oficial, levantando penosamente el brazo, le detuvo diciéndole :

— Usted me ha salvado la vida. ¿ Quién es usted?

El vagabundo contestó en voz baja y muy de prisa :

— Yo era, como usted, del ejército francés. Es preciso que le deje á usted. Si me cogieran, me fusilarían. Ya le he salvado á usted la vida. Ahora, arréglese como pueda.

— ¿ Qué grado es el de usted?

— Sargento.

— ¿ Su nombre?

— Thénardier

— No olvidaré ese nombre, dijo el oficial. Y usted, procure retener el mio. Yo me llamo Pontmercy.

## LIBRO SEGUNDO

# EL NAVÍO ORION

## I

EL NÚMERO 24.601 ES AHORA EL 9.430

Juan Valjean había vuelto á ser preso.

El lector nos agradecerá que pasemos rápidamente sobre ciertos detalles dolorosos. Nos limitaremos pues á transcribir aquí dos párrafos publicados por los periódicos de aquella época, algunos meses después de los sorprendentes sucesos acaecidos en M.

Estos artículos son algo abreviados. Sabido es que aún no existía entónces ninguna *Gaceta de los Tribunales*.

El primero le tomamos de la *Bandera blanca*, del 25 de Junio de 1823. Dice así :

« — Un distrito del Pas-de-Calais acaba de ser teatro de un suceso nada comun. Cierta sugeto, extraño al departamento, y conocido bajo el nombre del señor Magdalena, habia dado grande impulso y desarrollo, de algunos años á esta parte, y gracias á los nuevos procedimientos empleados por él, á una antigua industria local, la fabricacion de azabache y vidrieria negra. Con esto logró hacer su fortuna, y áun diremos que tambien hizo la fortuna de todo el distrito. En reconocimiento por sus servicios, habia sido nombrado alcalde. Pero la policia ha venido á descubrir que el señor Magdalena no era otro que un antiguo presidiario que se habia sustraído á la vigilancia de la autoridad, condenado en 1796 por robo, y cuyo verdadero nombre es Juan Valjean. Juan Valjean ha sido pues reintegrado en el presidio. Parece ser que ántes de prenderle, habia logrado retirar de casa de M. Laffitte una suma de más de medio millon que tenia allí colocada, y que, por lo demas, habia ganado, segun se dice, muy legitimamente en su comercio. No ha podido saberse dónde habrá ocultado Juan Valjean esta suma desde su vuelta al presidio de Tolon.»

El segundo artículo, algo más detallado, le copiamos del *Diario de París* de la misma fecha. Hélo aquí :

« — Un antiguo presidiario, cumplido y licenciado, llamado Juan Valjean, acaba de comparecer ante el tribunal de audiencia del Var, con ciertas circunstancias capaces de llamar vivamente la atencion pública. Este malvado habia conseguido engañar y burlar completamente la vigilancia de la policia; tomando un nombre supuesto, hasta habia logrado hacerse nombrar alcalde de una de nuestras pequeñas ciudades del Norte, en la cual estableció un comercio bastante considerable; hasta que por último ha sido desenmascarado y puesto á buen recaudo, gracias al celo infatigable del ministerio público.

» Tenia por concubina á una mujerzuela que murió de susto en el momento en que fueron á prenderle. Este miserable, que está dotado de una fuerza hercúlea, halló medios de evadirse, pero tres ó cuatro dias despues de su evasion, la policia le echó mano de nuevo, en el mismo París, en el momento en que iba á montar en uno de esos pequeños carruajes que hacen el servicio ordinario desde la capital al lugarcito de Monfermeil (Seine-et-Oise). Dicese que los tres ó cuatro dias que disfrutó de libertad los aprovechó para retirar una suma considerable colocada por él en casa de uno de nuestros principales banqueros. Evalúase esta suma en seis ó setecientos mil francos. Segun se establece en el acta de acusacion, parece que la ha escondido en un sitio que nadie sino él conoce, sin que haya sido posible encontrarla : sea de esto lo que quiera, lo que no admite duda es que el llamado Juan Valjean acaba de comparecer ante la audiencia del departamento del Var, como acusado de un robo en despoblado, cometido á mano armada, hace unos ocho años, en la persona de uno de esos niños honrados que, como dijo el patriarca de Ferney en versos inmortales :

Vienen de la Saboya todos los años, y limpian con la mano diestramente el hollin que obstruye los largos tubos de nuestras chimeneas.

» Este bandido no quiso defenderse. Hase probado, por el hábil y elocuente órgano del ministerio público, que el robo habia tenido cómplices, y que Juan Valjean forma parte de una cuadrilla de ladrones en el Mediodía. Por consiguiente Juan Valjean, declarado culpable, ha sido condenado á la pena de muerte. Este criminal habia rehusado apelar al tribunal de casacion. Pero el rey, en

» su inagotable clemencia, se ha dignado conmutarle la  
 » pena en la de cadena perpétua. Juan Valjean ha sido  
 » dirigido inmediatamente al presidio de Toion. »

No se ha olvidado sin duda que Juan Valjean tenía por costumbre en M. el ejercicio de ciertas prácticas religiosas. Algunos periódicos, entre otros *el Constitutionnel*, presentaron esta conmutación como un triunfo del partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en el presidio. Se llamó 9, 430.

Por lo demás, digámoslo aquí para no volver ya á ocuparnos de esto, la prosperidad de M. desapareció con el señor Magdalena; realizándose todo lo que él había previsto en su noche de fiebre y de hesitación. En efecto, faltar él de allí, fué *faltar el alma*. Despues de su catástrofe, hizose en M. esa repartición egoísta de las grandes existencias arruinadas, ese fatal desmembramiento de las cosas florecientes que se lleva á cabo todos los días de un modo oscuro en la comunidad humana, y que la historia no ha notado sino una sola vez, porque entónces se hizo despues de la muerte de Alejandro. Los tenientes se coronaron reyes; los contra maestres se improvisaron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Los vastos talleres del señor Magdalena fueron cerrados; los edificios se arruinaron poco á poco y los operarios se dispersaron. Unos abandonaron el oficio, otros abandonaron el país. Todo se hizo ya en pequeño, en vez de hacerse en grande como ántes; por el lucro, en vez de hacerse por el bien. No más centro; la concurrencia y el encarnizamiento por todas partes. El señor Magdalena lo dominaba todo, y todo lo dirigia. Una vez caido él, cada cual tiró hácia sí; sucediendo al espíritu de organización el espíritu de lucha, á la cordialidad la aspereza, y á la benevolencia del fundador para con todos, el odio de unos contra otros; los hilos que había anudado el señor

Magdalena se enredaron y se rompieron; se falsificaron los procedimientos, se envilecieron los productos, se mató la confianza; disminuyéronse los mercados, escasearon los pedidos; redujéronse los salarios; los talleres elaboraban cada vez ménos, hasta que, por último, sobrevino la quiebra. Para los pobres nada quedaba ya. Todo se desvaneció como el humo.

Hasta el Estado se apercibió de que álguien había sido arruinado en alguna parte. Ménos de cuatro años despues de haber pronunciado el tribunal de audiencia su fallo consignando, en provecho del presidio, la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean, los gastos de recaudación del impuesto habían duplicado ya en el distrito de M.; haciendo el ministro de hacienda, M. de Villele, esta observación en la tribuna, en el mes de Febrero de 1827.

## II

DONDE SE LEERÁN DOS VERSOS QUE TAL VEZ SON DEL DIABLO

Antes que pasemos más adelante, será oportuno referir aquí con algunos detalles un hecho singular que acaeció en Montfermeil hacía la misma época, y que acaso no carece de coincidencia con ciertas conjeturas del ministerio público.

En el país de Montfermeil existe una superstición muy antigua, tanto más curiosa y tanto más preciosa cuanto que una superstición popular en las cercanías de París es como un aloe en Siberia. Nosotros somos de aquellos que respetan todo cuanto se halla en el estado de planta rara. Hé aquí pues la superstición de Montfermeil: créese allí que el diablo, en tiempo inmemorial, escogió aquella selva para ocultar en ella sus tesoros. Las buenas viejas afirman que no es raro el encontrar, á la caída de la tarde, en los parajes más solitarios del bosque, un hombre negro, con trazas como de

un carretero ó leñador, calzado con zuecos, vestido de un pantalon y de una anguarina de lienzo, y fácil de distinguir porque, en vez de gorra ó de sombrero, lleva en la cabeza dos enormes cuernos. Esto debe darle á conocer sin duda. Este hombre misterioso está habitualmente ocupado en ahondar un hoyo. Tres maneras hay de sacar partido del encuentro de aquel hombre. La primera consiste en abordarle y hablarle. Entónces se viene en conocimiento de que el hombre es buenamente un labriego; que parece negro, porque es la hora del crepúsculo; que no ahonda él hoyo ninguno, limitándose á segar yerba para sus vacas; y por último, que lo que en él se creía cuernos, no es otra cosa que una grande horquilla de estiércol, que lleva á su espalda, y cuyas puntas, gracias á la perspectiva de la tarde, parece que le salen de la cabeza. Vuelve uno á entrar en su casa, y se muere en la semana. La segunda manera se reduce á observarle, esperar á que haya abierto su hoyo, á que le haya vuelto á cerrar, y que se haya marchado; y en seguida ir corriendo á la fosa, abrirla de nuevo, y recoger el « tesoro » que necesariamente ha debido depositar allí el hombre negro. En este caso, se muere en el mes. Por último, la tercera manera consiste en no hablar nada al hombre negro, no mirarle, y huir de él á toda carrera. Entónces, se muere en el año.

Todas estas tres maneras tienen sus inconvenientes; pero la segunda, que á lo ménos ofrece algunas ventajas, entre otras, la de poseer un tesoro, aunque no sea más que por un mes, es la que suele adoptarse más generalmente. Los hombres osados, para quienes toda aventura es motivo de tentación, han abierto y reabierto muchas veces, segun se asegura, los hoyos hechos por el hombre negro, y tratado de robar al diablo. Mas parece que la operacion es bastante mediocre; á lo ménos, si ha de darse crédito á la tradicion, y en particular, á los dos versos enigmáti-

cos, en latin bárbaro, que acerca de este asunto dejó cierto fraile normando, algo brujo, llamado Tryfon. Este Tryfon está enterrado en la abadía de San-Jorge, de Bocheville, cerca de Rouen, y sobre su tumba nacen sapos.

Hánse hecho allí pues enormes esfuerzos; generalmente aquellos fosos son muy profundos, se excava, se suda, se trabaja toda la noche, pues de noche es cuando esto se hace, se moja la camisa, se consume la vela, se mella el azadon, y cuando por fin se ha tocado al fondo del hoyo, cuando se echa mano al «tesoro,» ¿qué es lo que se encuentra? ¿qué viene á ser el tal tesoro? un sueldo, á veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver ensangrentado, á veces un espectro doblado en cuatro como hojas de papel en cartera, y áun á veces nada. Esto es lo que parecen anunciar á los curiosos indiscretos los versos de Tryfon:

Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,  
As, nummos, lapides, cadaver, simulacra, nihilque.

Parece ser que aún en nuestros días se encuentra allí, ya un polvorin con balas, ya un juego de naipes viejo grisiento y quemado, que evidentemente ha servido á los diablos. Tryfon no consigna estos dos hallazgos, en razon á que Tryfon vivia en el siglo doce, y no parece que al diablo se le ocurriera inventar la pólvora ántes que á Rogerio Bacon y las cartas ántes que á Cárlos VI.

Por lo demas, si se juega con aquellas cartas, hay completa seguridad de perder todo cuanto uno posea; y en cuanto á la pólvora que está en el polvorin, tiene la propiedad de hacer que el fusil dispare á la cara del que hace uso de ella.

Ahora bien, muy poco tiempo despues de la época en que pareció al ministerio público que el presidiario licenciado Juan Valjean, durante su evasion de algunos días, habia rondado al rededor de Montfermeil, se observó en aquel

mismo lugar que cierto peon caminero viejo llamado Boulatruelle andaba «en ciertos pasos» por el bosque. Creían saber en el pueblo que aquel Boulatruelle habia estado en presidio; hallábase sujeto á cierta vigilancia por parte de la policía, y como no encontraba trabajo en ningún lado, la administracion le empleaba por un jornal mínimo como peon caminero en la calzada transversal de Gagny á Lagny.

Aquel Boulatruelle era un hombre á quien miraban de reojo las gentes del lugar, demasiado respetuoso, demasiado humilde, dipuesto á quitarse la gorra para todo el mundo, temblando y sonriendo en presencia de los gendarmes, afiliado probablemente en alguna cuadrilla de bandoleros, segun se decia, sospechoso de emboscadas en las esquinas de los sotos al anochecer. Lo único que tenia en su favor es que era borracho.

Hé aquí lo que creían haber observado: hacia algun tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su tarea de empedrado y de conservacion de la calzada y se iba al bosque con su azadon. Encontrábanle al anochecer en los claros más desiertos, en las espesuras más salvajes, con trazas como de quien busca algo, á veces excavando agujeros. Las buenas mujeres que por allí pasaban le tomaban en seguida por Belzebú, pero despues reconocian á Boulatruelle, sin que por esto quedaran ellas más tranquilas. Estos encuentros parecían que contrariaban vivamente á Boulatruelle. Véase bien que él procuraba ocultarse, y que en todo cuanto hacia habia un misterio.

Deciase en aquel lugar: — Es claro que el diablo ha hecho alguna aparicion. Boulatruelle le ha visto; y anda buscando. Lo cierto es que á él se le ha puesto en la cabeza apoderarse de la hucha de Lucifer. — Los volterianos añadian: ¿Será Boulatruelle quien atrapará al diablo, ó el diablo más bien quien atrapará á Boulatruelle?

— Las viejas hacían muchas veces la señal de la cruz. Sin embargo, las maniobras de Boulatruelle en el bosque cesaron de repente; volviendo él á recobrar regularmente sus faenas de peon caminero. Desde este momento se habló ya de otras cosas.

Entre tanto, algunas personas persistían aún en su curiosidad, pensando que probablemente había en esto, si no los fabulosos tesoros de la leyenda, á lo ménos alguna buena fortuna más sólida y más palpable que los billetes de banco del diablo; y cuyo secreto habría medio sorprendido sin duda el peon caminero.

Los que más comen tenían, eran el maestro de escuela y el bodegonero Thénardier, que pasaba por amigo de todo el mundo y no había desdenado el ligarse con Boulatruelle. Ha estado en galeras, decía Thénardier. ¡Bah! no se sabe ni quién está allí ni quién estará.

Cierta noche, el maestro de escuela afirmaba que en otro tiempo la justicia se habría informado de lo que iba á hacer Boulatruelle en el bosque, y que hubiera sido compelido á hablar pues le habrían dado tormento si era menester, y que Boulatruelle no habría podido resistir por ejemplo á la cuestion del agua. — Démosle la cuestion del vino, dijo Thénardier.

Reuniéronse varios, y dieron de beber al viejo caminero. Boulatruelle bebió enormemente y habló poco; combinando con un arte admirable y en una proporeion magistral, la sed de una gomia con la discrecion de un juez. Sin embargo, á fuerza de volver siempre á la carga, y de cotejar y de exprimir las pocas palabras oscuras que se le escapaban, hé aqui lo que Thénardier y el maestro de escuela creyeron comprender:

Una mañana, al ir á punta de día á su trabajo, Boulatruelle fué sorprendido de ver, en un rincón del bosque, entre las malezas, una pala y un azadon, como quien dice

*escondidos*. No obstante, pensó él que serían el azadon y la pala del tio Six-Fours, el aguador, y no volvió á acordarse de tales instrumentos. Pero la noche de aquel mismo dia, vió él, sin poder ser visto, por hallarse oculto tras un tronco de árbol muy grueso, dirigirse desde el camino hácia lo más espeso de la selva « un particular que no era del país, » pero á quien él, Boulatruelle, « conocía muy bien. » Traducción por Thénardier: *Un camarada de presidio*. Boulatruelle se negó obstinadamente á decir el nombre. Aquel particular llevaba un paquete, una cosa cuadrada, como una grande caja ó un cofre pequeño. Sorpresa de Boulatruelle. Á pesar de esto, dejó transcurrir siete ú ocho minutos ántes de adoptar la idea de seguir al « particular. » Pero ya era demasiado tarde, el particular se había engolfado en la espesura, la noche era oscura, y Boulatruelle no había podido alcanzarle. Entónces se decidió á observar la orilla del bosque. « Hacía luna. » Al cabo de dos á tres horas, Boulatruelle vió salir del soto á su particular, llevando ahora ya, no el cofrecito-maleta, sino un azadon y una pala. Boulatruelle dejó pasar al particular, sin que le viniera la idea de acercarse á él, porque dijo para sí, que el otro era tres veces más fuerte que él, y armado de una azada, le atacaría probablemente al reconocerle y viéndose reconocido. Tierra efusion de dos antiguos camaradas que se encuentran. Pero la pala y azadon fueron un rayo de luz para Boulatruelle, quien corrió hácia la espesura de aquella mañana, sin que hallase pala ni azadon: de donde dedujo él que su particular, al penetrar en el bosque, había abierto allí un hoyo con la azada, y enterrado en aquel hoyo el cofre, cegándole despues con la pala. Ahora bien, el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver; luego debía ser dinero. Esto era lo que motivaba sus pesquisas. Boulatruelle había explorado, sondeado, huro-

neado toda la selva, y excavado en cuantas partes le pareció que la tierra habia sido recientemente movida. Todo fué en vano.

Nada habia podido husmear. Ya nadie volvió á acordarse de esto en Montfermeil. Sólo hubo algunas buenas comadres que dijeron: Tengan ustedes por seguro que el caminero de Gagny no ha armado sin motivo toda esa andrómina; y que está él seguro de que vino el diablo.

## III

PRECISO ERA  
QUE LA CADENA DE LA MANILLA HUBIERA SUFRIDO  
CIERTO TRABAJO PREPARATORIO  
PARA QUE ASÍ SE ROMPIERA DE UN MARTILLAZO

Hacia fines de Octubre de este mismo año de 1823, los habitantes de Tolon vieron entrar en su puerto, despues de un fuerte temporal y para reparar algunas averías, el navío *Orion*, que á la sazón formaba parte de la escuadra del Mediterráneo, y más adelante recibió en Brest el destino de navío-escuela.

Á pesar de hallarse enteramente estropeado, pues el mar le habia tratado rudamente, aquel buque produjo grande efecto al entrar en la rada. No sé qué especie de pabellon ostentaba, que le valió un saludo reglamentario de once cañonazos, respondidos por él, uno en pos de otro; total: veinte y dos. Hase calculado que en salvas,